

2.º domingo de Adviento B

***Preparad el camino del Señor,
allanad sus senderos;
y todos verán la salvación del Señor. (Lc 3,4.6)***



Primera lectura

Isaías 40,1-5.9-11

Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios; hablad al corazón de Jerusalén, gritadle: que se ha cumplido su servicio, y está pagado su crimen, pues de la mano del Señor ha recibido doble paga por sus pecados.

Una voz grita: En el desierto preparadle un camino al Señor; allanad en la estepa una calzada para nuestro Dios; que los valles se levanten, que los montes y colinas se abajen, que lo torcido se enderece y lo escabroso se iguale. Se revelará la gloria del Señor, y la verán todos los hombres juntos – ha hablado la boca del Señor.

Súbete a lo alto de un monte, heraldo de Sión, alza con fuerza la voz, heraldo de Jerusalén; álzala, no temas, di a las ciudades de Judá: aquí está vuestro Dios. Mirad: Dios, el Señor, llega con fuerza, su brazo domina. Mirad: le acompaña el salario, la recompensa le precede. Como un pastor apacienta el rebaño, su mano los reúne. Lleva en brazos los corderos, cuida de las madres.

Segunda lectura

2 Pedro 3,8-14

Queridos hermanos y queridas hermanas: No perdáis de vista una cosa: para el Señor un día es como mil años, y mil años como un día.

El Señor no tarda en cumplir su promesa, como creen algunos.

Lo que ocurre es que tiene mucha paciencia con vosotros, porque no quiere que nadie perezca, sino que todos se conviertan.

El día del Señor llegará como un ladrón.

Entonces el cielo desaparecerá con gran estrépito; los elementos se desintegrarán abrasados y la tierra con todas sus obras se consumirá.

Si todo este mundo se va a desintegrar de este modo, ¡qué santa y piadosa ha de ser vuestra vida!

Esperad y apresurad la venida del Señor, cuando desaparecerán los cielos consumidos por el fuego y se derretirán los elementos.

Pero nosotros, confiados en la promesa del Señor, esperamos un cielo nuevo y una tierra nueva, en que habite la justicia.

Por tanto, queridos hermanos y queridas hermanas, mientras esperáis estos acontecimientos, procurad que Dios os encuentre en paz con él, inmaculados e irreprochables.

Comienza el Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios.

Está escrito en el profeta Isaías: Yo envío mi mensajero delante de ti para que te prepare el camino.

Una voz grita en el desierto: Preparadle el camino al Señor, allanad sus senderos.

Juan bautizaba en el desierto: predicaba que se convirtieran y se bautizaran, para que se les perdonasen los pecados. Acudía la gente de Judea y de Jerusalén, confesaban sus pecados y él los bautizaba en el Jordán.

Juan iba vestido de piel de camello, con una correa de cuero a la cintura, y se alimentaba de saltamontes y miel silvestre. Y proclamaba: – Detrás de mí viene el que puede más que yo, y yo no merezco agacharme para desatarle las sandalias.

Yo os he bautizado con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo.

Meditación

La palabra "evangelio" no significa libro que contiene la predicación y los hechos de Jesús. Este significado aparece la primera vez en el año 150 en san Justino mártir. Teniendo en cuenta el ambiente griego de la comunidad, en cuyo seno surgió el segundo evangelio, hay que recordar que esta palabra se usaba para indicar la noticia de una victoria, llevada a cabo precisamente por el Emperador. El uso de la palabra "evangelio" en el culto imperial es revelador para entender la expresión en boca de nuestro autor. El Emperador lo reunía todo en su persona, y esto confiere al "evangelio" su significado y su fuerza: El "señor" era algo divino y extendía su poder sobre hombres y animales. Así, pues, cuando el autor habla del "evangelio de Jesucristo, hijo de Dios", dice algo muy concreto para unos lectores que estaban fuertemente impregnados de aquella terminología. Jesús es presentado al mismo nivel que el Emperador y se le atribuyen los mismos honores. Si él tiene "su evangelio", quiere decir que es una encarnación de Dios, que lleva consigo la salvación del mundo y que ofrece a los hombres la superación de sus penas y el itinerario válido para el reino. Por eso, Jesús es presentado con designaciones que no dejan ningún lugar a la duda. Jesús es el "mesías", el "hijo del hombre", pero también el "hijo de Dios". Un "evangelio" estaba vinculado a una persona de categoría divina. Jesús no es solamente el mesías esperado por los judíos: es el hijo de Dios. Esta confesión explícita se pone, al final, en boca del capitán romano que asiste a la crucifixión: "Realmente este hombre era hijo de Dios" (15,39).

El autor, a continuación, presenta a Juan Bautista como el "mensajero" que precede inmediatamente al "Señor", o sea a Dios. He aquí una nueva alusión a la divinidad de Jesús.

El bautismo de Juan tiene una característica peculiar, representada por su tendencia claramente moral, totalmente extraña a la política y al ritualismo, y caracterizada además por su estrecha correlación con la escatología.

El bautismo de Juan pretende ser un rito de iniciación de la comunidad mesiánica que se va reuniendo. Era algo sustancialmente nuevo. Aún más, ya era sorprendente el hecho de que Juan administrara el bautismo en virtud de un poder profético.

La tradición cristiana partirá de aquí: el bautismo debe dejar de ser un rito sin sentido, para convertirse en la integración de los nuevos creyentes en una comunidad que espera el reino de Dios y que toma una actitud determinada frente a esta utopía final de la Historia.